

**¿OTRA FUGA  
DE CEREBROS?  
LA LIBRERIA IDEAL  
EN NUEVA YORK**

**Servando Ortoll\***

**A la memoria de don Porfirio Osorio\*\***

En la neoyorquina avenida Amsterdam, a un costado de la Columbia University, entre las calles 115 y 119 se encuentran dos librerías de usados. Es muy fácil encontrarlas. Todos los días, desde temprano, varias mesas anuncian al paseante su presencia, mostrando la última selección del momento. Una de las dos librerías, la más cercana a la 119, en la esquina de la 118, expone sobre las mesas libros de literatura inglesa durante el día, y deja por las noches sobre las mesas, sujetas con prevención de cadenas a la herrería que sirve de protección a la puerta, libros de temas políticos en español para obsequio de posibles lectores a quienes no parece denigrar demasiado el hecho de recoger libros gratuitos a la vista de ocasionales viandantes en altas horas de la noche.

La otra librería, la *Librería Ideal*, es algo diferente. Libros clásicos de las ciencias y de las humanidades hacen allí su aparición cotidiana. Los libros se ven más nuevos, y su selección parece estar más al día, reflejando las presiones económicas y necesida-

des que los estudiantes de posgrado tienen de adquirir un libro para sus cursos. (Hoy en día, en Nueva York, pocos se preocupan por mandarse hacer sus sellos de goma. Los estudiantes con pocos recursos generalmente compran y luego venden sus libros —es fácil encontrar en éstos sus nombres garabateados. Muchos más, simplemente hacen sus lecturas obligatorias en la sección de libros puestos en reserva en la biblioteca).

Aunque los dos establecimientos tienen en común su tráfico con los libros usados, la *Librería Ideal* parece estar más al día respecto a todo lo que sucede en la vecina ciudad universitaria. Pero sólo en apariencia. Es cierto que allí se venden libros semi-nuevos a bajos precios. Pero ese es sólo un ardid para atraer a los clientes. Su verdadero negocio es otro: la trata de libros que otrora pertenecieran a colecciones privadas extranjeras, en especial de América Latina.

A mí nunca me había llamado la atención escudriñar entre los anaqueles en ninguna de las dos librerías, a pesar de que la *Ideal* anuncia con orgullo que a los curiosos consuetudinarios se les da la bienvenida: *Browsers Welcome*, dice un cartoncito. En años pasados y gracias a las inter-

minables charlas que he tenido con el canónigo J. Jesús Jiménez, así como a la generosidad del presbítero Salvador Castañeda, ambos archivistas de la curia del Arzobispado de Guadalajara, me ha surgido un nuevo gusto por los libros viejos. (Sé que los libros viejos no son necesariamente usados, y que los usados no tienen que ser viejos, aun cuando los que son usados generalmente también son viejos).

Me atreví a entrar en la librería de la esquina de la 118, buscando la autobiografía de Josephus Daniels, embajador norteamericano en México a finales de los treintas. Había libros por todas partes, apilados unos encima de otros; otros más en anaqueles arreglados de alguna forma metódica por títulos genéricos (filosofía, México, historia). Me puse a explorar, siguiendo la estrecha línea de anaqueles llenos de libros que me producían la impresión de que en cualquier momento se cerrarían a mi paso, dejándome entre sus paredes prisionero para siempre. Sabía que todo esto venía a ser el resultado de los fatídicos designios de un gastronómico imperialista, propietario de un restaurante de hamburguesas de al lado que, desafortunadamente para los bibliófilos, había logrado convencer al dueño de la librería

\* Doctor en Sociología Histórica por la Universidad de Columbia. Director del Centro de Humanidades (CUIECH), Universidad de Colima.

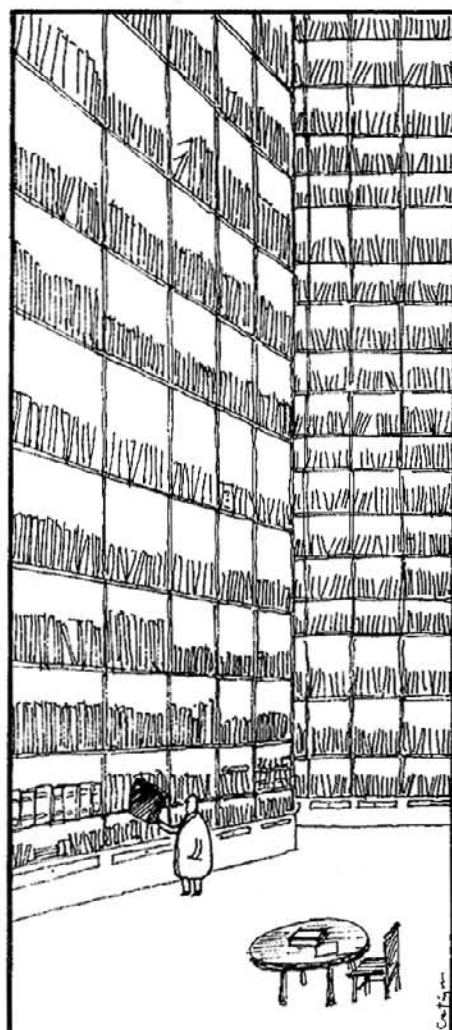
\*\* Agradezco los comentarios y correcciones de estilo a este artículo, de José de Jesús Hermosillo Martín del Campo.

de la 118 para que le cediera un espacio a fin de ampliar su local. En fin, tranquilizándome a mi mismo con la idea de que los libros no iban a caerme encima, me resolví a entrar, aunque sin lograr disipar completamente mis temores.

En uno de los recodos de aquellas apretadas galerías está la extensa sección de biografías y autobiografías. No encontré las memorias de Daniels, pero sí una biografía suya. El libro era también un clásico. Hurgué entre sus páginas y me encontré con el nombre de Sterling, con fecha del "9-II-63". Sterling era vecino del área. No me detuve a indagar sobre su persona, pero seguramente había sido un profesor retirado de la Columbia. A pesar de tener sus añitos, el libro estaba en perfectas condiciones. Creo que no me equivoco al pensar que se trataba del libro que alguna vez perteneciera a un viejo profesor de la Columbia, fallecido no haría mucho tiempo, cuya familia, no interesada en el legado que dejaba, se había precipitado sobre la primera librería de uso que tuviera interés en comprar los libros por yardas o por libras<sup>1</sup>. La identidad de ese maestro había sido desintegrada, su memoria olvidada para siempre.

Una experiencia parecida, pero parasmí más dolorosa, me ocurrió en la librería *Ideal*. Caminaba por la avenida Amsterdam cuando una flecha dibujada sobre una hoja de papel pegada con cinta scotch, anunciando una librería escaleras arriba, me llamó la atención. Sin pensarlo dos veces, subí en la dirección que la flecha apuntaba.

Gradas arriba encontré por vez primera una librería que nunca hubiera imaginado, dado lo raquítico del letrero que la anunciaba. Libros usados (semi-nuevos) de literatura, sociología,

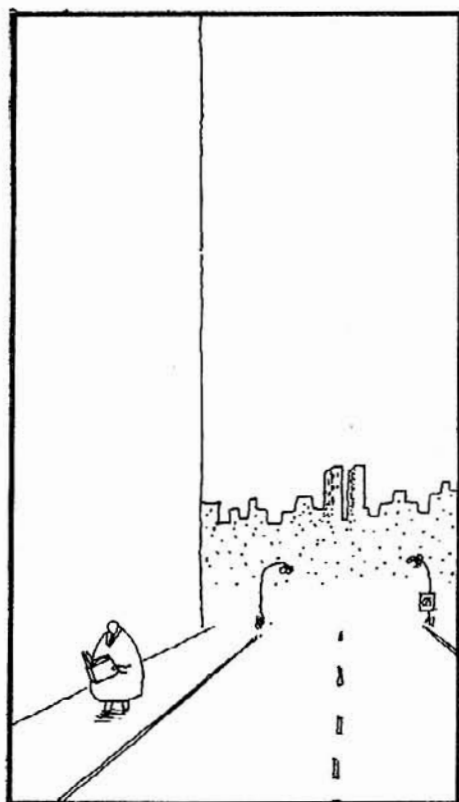


ciencias. Libros que pertenecieron en su mayoría a maestros universitarios aún con vida, quienes no se molestaron siquiera en poner su nombre a los libros, y que seguramente no tuvieron más que llenar una forma para recibir gratuitamente de las casas impresoras los ejemplares de los que rápidamente se desharían ganando unos cuantos dólares. Los libros aquí eran mucho más caros. La estantería era más firme, más amplia y más alta. El lugar tenía mucho más luz. Se respiraba una atmósfera diferente, suscitada quizá, sin saberlo, por el mismo dueño, quien aportaba al lugar no sólo el aroma a tabaco quemado de su pipa, sino que, con su presencia relajada, sentado frente a un escritorio, me recordaba a uno de los asesores de la biblioteca Butler de la Columbia.

Seguramente el dueño había estudiado biblioteconomía. Su desabotonado chalero color gris, sus lentes y su pelo enmarañado, ofrecían una imagen que me apresuré a atesorar como turista de librería. Me encontraba, pensé, frente a un intelectual bohemio, cuyo *hobby* no era otro que el de estar sentado, fumando pipa y esperar cómodamente a que se aparecieran los compradores. Tenía yo la certeza de que el dueño era independiente económicamente y que ésta era su forma de hacerse presente ante un centro universitario, ante una comunidad de intelectuales. Aunque el dueño de la otra librería, la de la esquina con la 118, también usaba lentes, tenía el pelo enmarañado y ocasionalmente usaba chaleco, parecía sofocado por la cantidad inmensa de libros que religiosamente adquiría para revenderlos más tarde, sin tener siquiera un rincón dónde sentarse. Además, la situación económica por la que pasaba lo había forzado a instalar un puesto en la calle, a unas cuantas cuerdas, de cassettes pregrabados. El dueño de la *Ideal*, pensé, sí sabía hacer las cosas. Sus libros estaban organizados también por materias genéricas, pero a diferencia de la otra librería, había divisiones más exactas. Bajo el título de antropología, por ejemplo, tenía dispuestas varias subdivisiones, entre ellas una sobre México.

Mi primera impresión cambió cuando me puse a ver más detenidamente el contenido de la librería. No había aquí solamente libros semi-nuevos para estudiantes con pocos recursos. Había libros raros y, sobre todo, caros. La Universidad de Columbia está en un área en donde vienen a vivir, cada vez más, los jóvenes profesionistas (médicos o abogados) cuyos salarios oscilan entre 40 mil y 150 mil dólares anuales. En un área en donde apenas se conocía

El libro que sostenía entre mis manos costaba 15 dólares. Con todo dolor lo hojeé nerviosamente, abrí un mapa enorme del sitio de Puebla en perfectas condiciones y pude apreciar que pocas gentes lo habían mirado. Este libro era una adquisición reciente de la librería. Regresé a México sin comprar el libro. A los dos meses, cuando, de vuelta en Nueva York, volví a subir las escale-



\* \* \*

El caso de la *Ideal* se repite una y otra vez en muchas ciudades norteamericanas. Nuestra herencia histórica, dada la baja de nuestra moneda, entre otras cosas, está siendo malbaratada en el extranjero. Hasta hace unos meses estaba en venta la biblioteca del Lic. Salvador Reynoso Reynoso, excatedrático de la Universidad Autónoma de Guadalajara por más de veinte años. De no haber hecho un esfuerzo el ITESO para adquirir esta biblioteca, seguramente que en poco tiempo su herencia, nuestra herencia, hubiera corrido con la misma suerte

Durante la semana que va del 20 al 25 de octubre del año pasado, el *New York Times* publicó, entre otros ocho artículos sobre México, uno en especial que habla sobre la nueva fuga de cerebros: una fuga de cerebros de profesionales desalentados y descorazonados. A pesar de ello, Franklyn Rendón, director adjunto de Desarrollo Tecnológico del CONACYT, explicó que no se trataba de una fuga de cere-



